

EL PUEBLO MURADANO

EXTRAORDINARIO DEDICADO A NUESTROS PAISANOS EN AMERICA

Manuel Fabeiro Gómez
RUA DOS FERREIROS, 1
APARTADO 5
NOVA (La Coruña) ESPAÑA

MUROS ACTUAL

Al no sernos posible presentar los grabados que habíamos anunciado, a causa de dificultades insuperables, parecemos oportuno el hacer públicos los datos que á continuación se consignan, que reunidos con la mayor exactitud que nos ha sido posible, demuestran por sí solos, la importancia de esta población gallega de tan antiguo origen y que ha ocupado un lugar importante en los anales de la industria y la navegación.

Es Muros una villa de 2.467 habitantes según el último censo formado en 31 de Diciembre de 1900, situada en la parte Norte de la península Ibérica á los 42°-45' de latitud N. y 2°-50' de longitud O. Dista de la ciudad de la Coruña, á cuya provincia pertenece, 94 kilómetros; y cabeza de partido judicial; comprende, además del Ayuntamiento de su nombre que cuenta 9.660 habitantes, los de Carnota, Mazariños y Outes, reuniendo los cuatro ayuntamientos 29 parroquias con un total de 30.157 habitantes.

Es Muros puerto de refugio y de interés general de larado por el artículo 16 de la Ley de 7 de Mayo de 1880; y en su bahía espaciosa, limpia y de gran calado, puede acomodarse una numerosa flota, por grandes que sean las dimensiones de los buques que la compongan; siendo aquella sumamente abrigada, especialmente de los vientos S. y O., por la circunstancia de que, elevados montes rodean la población y el puerto.

Dicha ya en resumen, la condición de Muros bajo su aspecto geográfico, pasemos ahora á examinar su condición, ya teniendo en cuenta los servicios públicos que en el pueblo están establecidos, autoridades y funcionarios que están á su frente, ya también, dando una sucinta idea de su estado comercial, industrial y fabril.

Servicios públicos.

Juzgado de primera instancia é instrucción, de entrada, con un Juez, un escribano de actuaciones y un oficial auxiliar.

Corporación municipal, compuesta de 17 concejales incluso el presidente de ella, un Secretario y dos oficiales de Secretaría.

Registro de la propiedad de 4.ª clase.

Juzgado municipal.

Ayudantía de Marina y Capitanía de puerto.

Aduana de 4.ª clase con un administrador jefe, del Cuerpo facultativo del ramo.

Estación telegráfica y estafeta de correos servidas por un Jefe del Cuerpo de Telégrafos.

Sección del cuerpo de carabineros de que es jefe un oficial con 21 núme-

ros á sus órdenes incluyendo un sargento y dos cabos.

Puesto de la Guardia civil.

Establecimiento penitenciario para la pena de arresto mayor con un alcaide y un vigilante.

Un viceconsulado de Portugal.

Orden eclesiástico.

Un párroco, arcipreste de Entines, con cinco coadjutores.

Profesiones.

Abogados, 10.—Procuradores, 3.—Médicos, 3.—Cirujanos, 1.—Farmacéuticos, 3.—Notarios, 2.—Capitanes y Pilotos de buques mercantes, 42.—Profesoras en partos, 3.—Profesores de instrucción primaria, 3.

Artes.

Albañiles, 6.—Barberos, 3.—Carpinteros, 22.—Calafates, 11.—Ebanistas, 4.—Estucadores, 2.—Herreros, 4.—Hojalateros, 3.—Carpinteros, 8.—Pirotecnicos, 1.—Maestros canteros, 6.—Sastres, 4.—Toneleros, 60.—Zapateros, 12.

Artes liberales.

Un profesor de música.—Dos pintores.—Un fotógrafo.

Comercios.

De ferretería, 5.—Tejidos, 8.—Cristalería y loza, 7.—Ultramarinos, 11.—Efectos navales, 2.—Cristalería, 2.—Carnicerías, 2.—Pastelerías, 4.

Industrias.

Fábricas de salazón de sardinas, 20.—De conservas y escabeches, 3.—De molinería, 1.—Panificadoras, 2.—De construcción de buques, 2 astilleros.—Tintorerías, 1.

Navieros, 4.—Consignatarios de buques, 4.

Fondas, 2.—Restaurants, 6.

Centros de recreo, 2.

Tabacos.

Administración Subalterna de Tabacos, efectos timbrados y giro mútuo y seis expendedurías.

Navegación y comercio con el extranjero en el año de 1902.

BUQUES ENTRADOS	Núm. de buques	Toneladas de arqueo	Tripulantes	Toneladas de mercancías
Procedentes del extranjero.	52	40.997	1.123	18
De cabotaje.	237	28.547	1.784	5.407
De la ría.	115	942	365	365
Total entrada.	404	70.486	3.272	5.793
BUQUES SALIDOS	Núm. de buques	Toneladas de arqueo	Tripulantes	Toneladas de mercancías
Con destino al extranjero.	71	46.086	1.221	11.374
De cabotaje.	238	32.631	1.678	2.678
Para ría.	320	2.117	975	1.546
Total salidos.	629	80.834	3.874	15.598

RECAUDACION

	Pesetas	Cts.
Derechos de importación.	474	25
Impuesto de transportes.	34.705	45
Documentos timbrados y multas.	1.607	37
Derechos sanitarios.	155	50
Total.	39.942	55

Terminamos el trabajo que nos habíamos impuesto, dando merecidas gracias á todos los que nos han ayudado á completarlo, y muy significativas al digno Administrador de la Aduana don Eduardo Castañón.

No cerraremos el artículo sin implorar de nuestro Patrón Yra para los que nos dirigen, haber si en el año venidero podemos consignar la más importante omisión en el precedente escrito.

MUROS

Con sus casucas blancas apiñadas á lo largo de la ensenada; oyendo continuamente el acompasado murmullo de las olas que lamen la ribera, y contemplando desde las alturas de *Miraflores* el soberbio panorama de la ría, en cuyo cristal azul se mecen las barcas pescadoras, Muros, la hermosa villa que, mirada á lo lejos, parece surgir del fondo del océano, asíéntase en uno de los parajes más abrigados del Atlántico; y como pueblo laborioso que anhela unos instantes de solaz para dar tregua á las duras faenas cotidianas, al llegar la más tranquila época del año; cuando las golondrinas apenas concluyen de colgar sus nidos de los aleros, y la Naturaleza sonríe al calor de las primeras caricias estivales, Muros se viste de gala para celebrar su fiesta, la fiesta de siempre, la fiesta de San Pedro, la fiesta tradicional y simpática que, como deuda sagrada, dedica todos los años al glorioso Apóstol.

Pocos pueblos conservarán mejor que éste su fisonomía peculiar. En su modo de ser hay algo que permanece inalterable á través del tiempo que pasa, y sus creencias, sus aficiones, sus gustos son hoy casi los mismos de hace algunos siglos. Pueblo de tradiciones y leyendas, su carácter eminentemente religioso refléjase de manera notable en sus costumbres. El muradano podrá llegar á ser lo que se quiera; pero guardará toda su vida en el alma, como una promesa mística, el recuerdo de la Virgen venerada en el templo y en el hogar.

Muros es un pueblo cuyo origen se desconoce en absoluto, no pudiendo establecerse acerca de él más que meras conjeturas. La antigua *Puebla del Muro*, así denominada por el muro de granito que forman los montes que la defienden, lleva impreso el sello de abolengo remotísimo; pero en vano historiadores y geógrafos tratarán de esclarecer el impenetrable misterio que le envuelve. Lo que cabe afirmar con certeza, porque consta de documentos auténticos, es que ya en el siglo XIII era Muros una villa de importancia, pues no de otro modo se explica el privilegio de fuero que don Sancho IV el Bravo tuvo á bien otorgarle con el de Benavente en 1286, y que fué ratificado con posterioridad por diferentes monarcas.

Sin embargo, el verdadero apogeo de su grandeza, si así puede llamarse, data del siglo XVI. Por aquella época sostenía Muros un brillante comercio marítimo con los puertos más notados de España, Francia, Inglaterra é Italia, y la industria alcanzaba el más alto grado de su desarrollo. Así continuó durante los siglos posteriores y aun en el décimo nono los navios muradanos surcaban todos los mares y la industria salazonera paseaba en triunfo sus riquísimos productos por la mayoría

de los mercados europeos. Pero ¡sarcasmos de la suerte! ¡Quién diría que tan próspero florecimiento debía desaparecer, y quizá para siempre, en el último tercio de la pasada centuria.

Inicio entonces un periodo de decadencia, que amenazaba prolongarse indefinidamente. Poco a poco fué dejándose de construir en los astilleros del pueblo los magníficos buques que eran fama y provecho de sus armadores; paralizase, casi por completo, la vida industrial y mercantil; las artes mecánicas quedaron reducidas a la ínfima expresión, y, en general, un sopor de muerte invadió las esferas todas de la actividad. Al presente, Muros ofrece el mismo cuadro desconsolador, pues, agotados los veneros de su primitiva riqueza, en vano se afana por recobrar el esplendor de los pasados días. Muros en la actualidad solo nos brinda el inagotable tesoro de sus leyendas y sus fábulas, sus rincones aun vírgenes a la investigación histórica, sus vetustas imágenes de piedra, resguardadas en toscas hornacinas, sus dólmenes, sus templos deruidos.... todo lo que tiene interés para el anticuario y el arqueólogo; pero nada notable puede ofrecer a quien busque en su suelo las comodidades y regalos de la vida moderna.

Las causas de esta decadencia han sido varias; pero, sea de ello lo que quiera, lo cierto es que al lamentable estado de prostración y abandono en que se encuentra Muros actualmente contribuyeron en gran parte —hay que decirlo claro— sus propios representantes y administradores, para quienes es preciso imponer a la pluma un piadoso silencio. De esperar es, sin embargo, que, una vez enmendados los innumerables errores cometidos; rotas las trabas que se oponen a ello, pueda Muros contemplar el sol de la ventura, iluminando la bella mañana de su porvenir.

Vivamente se lo deseo a la honrada villa muradana, a la que, en medio de los recuerdos que a mi memoria acuden en tropel, saludo con toda la efusión de mi espíritu, como el hijo ausente a la madre siempre respetada, siempre querida...

Ramón Martínez Esparis.

Coruña, Junio de 1903.

RAFAGAS

La nave de San Pedro, regida por León XIII, se encuentra amenazada por ruda tempestad: la azota fuerte viento, que por instantes crece, el oleaje aumenta, la luz se desvanece, y el rayo solo rompe la densa oscuridad. Corrientes impetuosas quebrantan a la nave; millares de peligros la cercan por doquier; su situación se advierte que es por momentos grave; no brilla ni una estrella que con fulgor suave les dé a los marineros el puerto a conocer. Los monstruos habitantes del líquido elemento persiguen al piloto bramando de furor, al serle siempre firme, seguro allá en su asiento, ni miedo de las olas, del rayo ni del viento guiando la barquilla de Pedro el Pescador. ¿Podrá llevarla a puerto? ¿Podrá el audaz marino triunfar de la borrasca sin verla sucumbir? Las olas se agigantan y obstruyen su camino; los vientos la maltratan en rauda torbellino; los elementos todos la quieren destruir. ¿Mas qué importa la furia del vendaval gigante? ¿Qué importa de las olas el hórrido fragor? Auxilio de los cielos recibe el navegante, que lucha denodado sin nada que le espante, seguro que a la nave la salvará su Autor.

Podrán los condenados surgir en el abismo, podrán hacerle guerra las huestes de Satán; podrán las sectas todas batir al Cristianismo; jamás verán que pierda la Iglesia su organismo; las puertas del infierno no prevalecerán!

F. de E.

TU ES PETRUS

No puede concebirse una nación, estado, pueblo, ó corporación sin una autoridad concreta determinada que rija y gobierne sus destinos, buscando los medios más aptos para la consecución de los fines intermedios y del último de asociación. Es tan esencial a las corporaciones la autoridad, como lo es la sociedad a los hombres.

La historia habla tan elocuente y claramente como la filosofía y razón en esta materia bastando tan solo para convencerse de ello recordar los múltiples y variados casos que presente de sublevaciones, disolución, anarquía y muerte, cuando por cualquier causa, ó circunstancia ha desaparecido, ó flaqueado el principio de autoridad, aunque esta estuviera representada en la última y más expuesta de sus formas, cual es la de república.

Y en cambio, cuanto más estrecha, compacta y armonizada está la autoridad en el incontrastable y solidísimo principio de la unidad, es mayor el orden, la prosperidad y

progreso de las naciones, y el bienestar de los pueblos, siendo indispensable para la pronta y eficaz consecución de tan halagüeños y beneficiosos resultados que la autoridad se haga respetar por su dignidad, ilustración y nobleza, sobre todo de carácter, que vale más que la de cuna, se haga querer y amar, porque al fin es para gobernar hombres y no bestias, y en ningún caso como en este se verifica que « *nihil violentum durat*», y que es forzoso por tanto buscar la sólida base é invariable fundamento en las prescripciones y dictámenes de la razón y del amor.

La autoridad concreta debe de ser activa, viviente y orgánica, y desde el momento que deja de ser tal, queda por el mero hecho de su inacción, muerte y petrificación privada en fuerza de sus mismas exigencias naturales de sus actos y funciones. Esto no quiere decir que cualquier súbdito tenga el derecho a la presa y al botín que en pos de sí han dejado en el campo de sus ruinas el rey, el gobernador, ó el alcalde que no han sabido ó querido gobernar el reino, la provincia, ó el distrito, sino que la sociedad tiene pleno derecho para buscar, cuando le falta, el elemento esencial y concreto de su constitución y su ser, absolutamente indispensable para su existencia, cual es la persona, ó personas depositarias de la autoridad y responsables de sus actos.

Cristo instituyó su Iglesia en forma social, y ninguna cosa por tanto le podía faltar de aquellas que fueran esenciales a toda sociedad.

Cristo fundó su Iglesia para amaestrar, santificar y salvar a hombres espirituales a la vez materiales y sensibles (no hablando ahora de Jesús cuya salvación se extiende a los ángeles como a los hombres, aunque de distinto modo); luego esa divina institución y su conveniente autoridad, debía ser como las profanas, no solo activa viviente y orgánica, sino también como aquellas visible é ilustre y aún más conspicuamente por aventajarlas a todas en su única y universal extensión en el tiempo y en el espacio, lo mismo para los individuos y razas, que para los estados y naciones.

Cristo no ha venido a destruir, sino a edificar; a amenguar, sino a perfeccionar; a rebajar, sino a elevar; y por eso debía para su nueva sinagoga buscar la mejor forma de gobierno, más sólida y estable en el principio de autoridad, más íntima y apretada en el cimiento de la unidad; eso es lo monárquico, que absolutamente hablando supera y aventaja muchísimo a la aristocrática y democrática; luego esa debía Jesús dar a su Iglesia. Entre las monárquicas, aquella es mejor, que es más absoluta, más una, verídica, justa y santa; luego esa debió de ser la escogida por Jesús, y la encarnada por el mismo en la persona de Pedro: «*Tu vocaberis Cephas, Tu es Petrus.*»

Piedra angular del grandioso edificio de la Iglesia católica, sobre ella descansa, como sobre inmensurable roca, contra la cual se rompen y quiebran todas las ondas de la impiedad, del amor y de la herejía, de Satanás y del infierno, no dejando por rastro más que la pasajera espuma y ligeros vapores que desfilan temblorosos en su fugaz y tímida carrera la fortaleza invencible y estabilidad eterna de la profecía de Cristo «*portae inferi non prevalebunt*» que es la base de la roca, y el más seguro fundamento de todo el edificio.

De esa misteriosa piedra brotan mejor que de las del desierto las aguas de la fe, mezcladas si se quiere con las materias calcáreas de la razón, que purifican y lavan pulimentan y embellecen y entrambas al unísono llevan al cuerpo místico de Jesús el refrigerio y la vida, los encantos y belleza el esplendor y los brillos: «*ego rogavi pro te, ut non deficiat fides tua; et tu aliquando conversus confirma fratres tuos.*»

Viene a rociarla muchas veces el maná de los cielos, y la unción del Espíritu, depositando sobre ella el bálsamo del amor, y el difusivo óleo de la caridad más encendida, y los pueblos se entusiasman, las naciones arden, y los individuos se abrasan en el amor de León XIII: «*Pedro ¿me amas?— Señor sabes que te amo: Apacienta mis corderos. Pedro ¿me amas?— Señor sabes todas las cosas y sabes también que te amo: Apacienta mis ovejas, pues eres por el amor el pastor de mi pueblo, como lo eres por la fe su caudillo y su jefe: Tu es Petrus.*»

NILÓ.

Muros, Junio 903.

UN SALUDO

Hoy que todo indica alegría y animación en las calles y plazas de esta noble villa, en que sus amantes hijos rivalizan en demostrar el júbilo que sienten allá... dentro de su alma.

Hoy que tan a las claras se manifiesta que todos sin distinción saben compartir las penas y alegrías que embargan a su querida y solicitada Madre.

Hoy que sucede esto último, al celebrar las fiestas de su Santo Patrono, es cuando yo

deseaba tener toda la inspiración de un poeta y todo el alma de un artista con profundidad de sentimientos, para poder cantar todas las bellezas de este pintoresco país, y toda la hermosura de su vida.

Por desgracia mis fuerzas no alcanzan a tanto y por temor a no saber hacerlo con el esmero que tan delicado asunto se merece, lo dejo para personas que sepan mejor desempeñar con éxito esta labor.

Pero aun cuando no sea el llamado a realizar obra tan laudable, no quiero dejar pasar esta ocasión tan propicia, sin que antes admire, una vez más, la placidez de su incomparable ría; lo sublime de sus gigantescos montes que cual centinelas avanzados, parecen estar alerta para avisarle del peligro que puede sobrevenirle; los múltiples tesoros que guarda dentro de sus muros, entre los que, sabe legar con orgullo a todas las generaciones, uno muy estimado, y que me faltan palabras con que poder alabarlos, la hermosura sin igual de sus encantadoras hijas, que cual astros de primera magnitud irradian en pos de sí alegría, belleza y vida.

Al contemplar extasiado todo esto, un grito de entusiasmo se escapa de mi pecho, y no puedo por menos de exclamar: ¡Oh Muros, patria amada, bendita seas!

Ramón Priegue Lariño.

Muros, Junio-903.

A MI TIERRA

Muros, perla de los mares, que, por timbre de tu gloria, ostentas la vieja historia de los pueblos seculares;

eres encanto y orgullo de las costas de Galicia, que el Atlántico acaricia con un inagotable arrullo.

En tu hospitalario seno crece la malva y la rosa, la brillante mariposa y el verde laurel ameno.

Y en tu orilla dilatada, en que el mar se precipita, se esconde la margarita y la concha nacarada.

No escuchas del bosque umbroso los ecos arrobadores, ni oyes de los ruiseñores el gorjeo melodioso;

más te dan dulce rumor que no cesa ni desmaya, los murmullos de la playa; los cantos del pescador.

Tu encierras todo un tesoro de belleza y poesía, viendo bañarse en tu ría al sol, como un nimbo de oro.

Y vives, quizá envidiado, con tus lagos y tus peñas; con tus aves ribereñas; con tu cielo arrebolado.

Con tus naves poderosas, que el mar recorren ufanas, y tus noches venecianas y tus mujeres hermosas.

Patria amada, que aun ayer fuiste emporio de riqueza, y alzaste de tu grandeza los trofeos por doquier;

hoy que gimes bajo el peso de la existencia sombría que te da la suerte ímpia, de su rigor con exceso,

deja que en el blando son de mis sencillos cantares, envíe a tus viejos lares mi humilde salutación.

A tí vaya placentera, como suave y manso trino; como el céntro marino que vaga por tu ribera.

Vaya amorosa hacia tí, ya que a tí guardar te cuadre, las cenizas de mi madre y la cuna en que nací.

R. M. E.

Coruña, Junio-1903.

A NUESTROS HERMANOS EN AMÉRICA

Si hay situaciones difíciles en la vida, ninguna más apremiante que la en que luchan denodados, rigurosísimo deber y accidentes especiales. No hay forma de rechazar un cariñoso ruego, de negarse a expresar los afectos dulcísimos que despiertan el recuerdo de un hermano que llora amarga ausencia, y menos de contribuir con un granito de arena a levantar el edificio del progreso y de la cultura, siquiera el medio no aparezca del todo adecuado; pero la falta de condiciones en la concepción como en el desarrollo, la escasez de elementos, y todavía más, la prevención en todo lo que a mi afecta, son obstáculos insuperables, barreras infranqueables, que solo vencen el sincero reconocimiento de una petición verdad exenta de toda adulación y fingimiento, y el excesivo afán ya que no de alcanzar algo bueno con mi humilde cooperación, no ser rémora a ofrecer medios, que aunque negativos, no se opongan a un fin laudable.

Hay días de júbilo impenetrable, de satisfacciones íntimas, y en ellos hiere la fibra más delicada del sentimiento, abunda en lo más recóndito del corazón, un pesar que aparenta dormido, un lamento que el pecho no exhala, un recuerdo del alma feliz y dichosa, tanto más grato cuanto más nublado y ceniciento se divisa el horizonte en que se vive.

Para el cristiano las fiestas religiosas tienen un atractivo que le cautivan y le enamoran, pero la del Patrono en su conjunto de religioso y profano envuelve un misterio insondable que el simple mortal no puede descifrar. El Sol, preséntase en su carrera revestido de extraordinaria magestad, destellando en sus fulgores clara y radiante luz que ilumina la alegría que por doquier aparece, como si quisiera unir sus galas a las de los que se extasian de gozo en tan fausto día; el aire, ese elemento necesario de la vida, templado y suave, embalsama y perfuma, aun en riguroso invierno, porque la ternura de un pecho emocionado y la sensibilidad de un corazón feliz todo lo truecan y en vez de aridez y espinas contemplamos la naturaleza llena de verdura, pródiga en encantos, y bellísima en sus flores; el alba y el despertar, el gorgojo de los pájaros, la fresca brisa de la mañana, el repique de unas campanas, el saludo de cohetes, las melodías de una sentida alborada que en dulces armonías nos regalan al oído, una afinada música y la gaita de nuestros lares, y el movimiento inusitado de un pueblo que se alborea de júbilo, forma todo un conjunto arrebatador lleno de bellezas y de poesía, que solo se siente, pero ni se explica ni se encuentra paleta que pueda fielmente llevarle al papel; los Murillos se ahogarian en luz y sus pinceles trazarian nebulosas ficciones ante la grandiosa realidad; la hermosura de amenos verjeles se vería en la languidez mustia é incolora, y toda la sublimidad sentida extinguiría su brillo al intentar exhibirse en su plena lozanía, porque tanta satisfacción, tanto placer, tanto goce, es un efecto de lo que el pecho siente, el corazón abriga y domina al alma, y esos sentimientos íntimos no se lanzan a la publicidad sino en apariencia, que su realidad queda aprisionada en férreas cadenas allí mismo donde nació; lo que afecta al espíritu ni lo ven ni lo tocan los sentidos, y por eso tales sensaciones no se pintan. Pero como en este valle de lágrimas no se encuentra esa soñada felicidad de los Epicureos porque los placeres del cuerpo son fugaces, y los del espíritu, amen de los sacrificios que imponen, no hay uno en la vida que en el ánimo permanezca para siempre, en medio de la bulliciosa algazara que hoy nos brinda sonrisas y bienandanzas, opaca nubecilla nos augura una amargura y una pena. ¿Quién no se contrasta al recordar las horas de pesados ausencia que en estos críticos instantes gimen nuestros hermanos en América? Ellos como nosotros aspiraron aquí el aura de los primeros días plácidos de su niñez, jugaron por nuestras callejuelas, sintieron las caricias de los suyos, y formaron su corazón a cuyo temple y calor desarrollarán los sucesos de su vida, si un malhadado contratiempo no los impide su curso progresivo. Amantes de su tierra natal, amargo deber exigeles sacrificio costoso, y solo la esperanza que nunca abandonan dójelos alas con que atravesaron la inmensidad del Océano y es valuarle inespugnable que les defiende en la encarnizada lucha que sus sentimientos y sus deberes sostienen. Y, ¿qué menos podremos ofrecerles en este día sino dedicarles un pequeño recuerdo? ¡Ah! son nuestros hermanos, y esta frase significa una misma sangre, unas mismas creencias, unos mismos deseos. El amor de her-

EL AMOR DE LA PATRIA

De todas las pasiones y sentimientos que agitan y dominan al hombre, ninguno es más noble y generoso que el amor a la patria, ya sea al pueblo ó lugar en que hemos nacido, ya á la nación á que pertenecemos.

El amor de la patria no es enteramente lo mismo que el patriotismo: aquel es de todas personas, tiempos y circunstancias, es un sentimiento instintivo é irresistible; en algunos casos se convierte en una afección física, la *nostalgia*, que puede producir la muerte sino se le aplica el remedio específico: el patriotismo es el amor de la patria llevado á su más alto punto, á la heroicidad, y ejercido en situaciones difíciles y solemnes, distante de la manera general y rutinaria de obrar de los hombres, y á veces hasta contra las inspiraciones de la misma naturaleza.

El patriotismo, colectivamente considerado en las naciones, es la pasión más vehemente y arrasadora; es la lara volcánica que todo lo inunda y estermina, ó es la montaña de roca contra la cual se estreñan impotentes las olas embravecidas y las tempestades desencadenadas. Ora las fallanges de la república francesa, rechazando á los ejércitos de casi toda Europa coaligada, y persiguiéndolos más allá de las fronteras, al campés de la «Marsellesa»: ora el pueblo español que se levanta formidable contra la perfidia de un usurpador, recordando al mundo consternado el valor de Sagunto y de Numancia.

¿Porqué, pues, es demasiado cierto el proverbio de que nadie es profeta en su patria? ¿Por qué el hombre se ve precisado á abandonar el país donde ha nacido para ir á buscar suerte en provincias ó reinos lejanos? El hecho es cierto en muchos casos, tal vez en la generalidad: su explicación no está recóndita.

El orgullo y la envidia no pueden sufrir con paciencia que el niño que hace pocos años jugaba y se divertía por las calles, que siendo jóven tuvo algunas lijerezas é imprudencias propias de la edad, pero que no suponen un corazón perverso, aparezca después de haber pasado algunos años y vicisitudes, después de haber corrido el mundo y atesorado algunos conocimientos, con un predicamento lisonjero y envidiable que le da derecho á exigencias justificadas por sus antecedentes, por sus nobles sentimientos, y por las ventajas que ofrece quizá á ese mismo pueblo que le mira todavía con indiferencia, que evoca otros tiempos y otras situaciones, y que prefiere no tener un defensor celoso de sus intereses, á ver con fama y prestigio al hombre que ha vistocer.

Tales son los instintos de la especie humana: exponerse a perder con tal que pierdan aquellos cuyo engrandecimiento rehuimos; dejar de ganar, como otros tampoco ganen.

Esos pueblos que abrigan semejante modo de pensar, sufrirán tarde ó temprano el castigo que merecen.

Cuando llegue la hora del peligro, cuando vengan enemigos armados á querer arrebatarnos los derechos y títulos que justamente le corresponden, cuando pretendan hacer valer sus privilegios ó regalías, ó se trate de su provecho; entonces no tendrán ningun individuo, ni deben tenerlo, de su seno, ningun hijo favorecido que salga á luchar á la palestra.

Esos pueblos se verán obligados á recurrir á la protección de personas extrañas y advenedizas, que solo aparentan simpatías para explotar mejor la posición en que se les coloca, con el fin de conseguir lo que se habían propuesto, burlándose después de la necia credulidad de los mismos que los han encumbrado y abandonándolos á sus propias fuerzas.

Esos pueblos se encontrarán solos, aislados, sin auxilio, sin porvenir, cual naufrago zozobrando en medio de las olas, sin que nadie le socorra, sin ver una tabla de salvación ó una isla hospitalaria en que pueda sentar su planta vacilante. Verán sus caminos intransitables, sus comunicaciones interceptadas, sus muelles inutilizados, sus puertos silenciosos y solitarios, donde no se oiga sino el siniestro canto de una ave marina que ha reemplazado al bullicio y al movimiento del comercio y de la navegación que en siglos anteriores animaban sus riberas.

Esos pueblos están condenados á la nulidad y á la impotencia, como fueron condenadas al fuego aquellas famosas ciudades que merecieron la cólera divina.

La posteridad, que es la vida en que viven eternamente los varones insignes, levanta estatuas, construye magníficos cenitafios en honor de los que de cualquier modo se sacrifican por la felicidad de sus pueblos. La posteridad remueve del olvido

han cumplido los vaticinios de cuarenta siglos, y en tí se han realizado las magníficas promesas del Altísimo vinculadas por tanto tiempo á la escogida Sión. Tu eres el grandioso cedro bajo cuya benéfica sombra se cobijan los hombres abrasados por el ardiente sol de las pasiones y de los errores; tu eres, en fin, el Reino visible del supremo Monarca que extiende su soberanía y su dominio hasta los últimos confines de la tierra.

¿Y quien levantó ese faro luminoso en el vasto monte del mundo colocado, que á todos los viajeros alumbró? ¿Quien construyó esa ciudad y alzó ese edificio que, á través de los asaltos del infierno y de las injurias del tiempo, y envuelto entre millares de escombros hacinados, de códigos hechos, tristes recuerdos de la fragilidad humana, cetros despedazados y coronas mutiladas, permanece, sin embargo, invulnerable, y levanta su cabeza sobre la ruina de tantos poderes que le han combatido? ¿Quién le sostiene en medio de tantos insultos, cismas y herejías? ¡Ah! el edificio tuvo por arquitecto al Omnipotente. Dios concibió la idea de ese monumento de inmortal grandezza: El mismo le cimentó con sus manos y le asentó sobre una mística piedra de las canteras de Judá extraída, piedra ciertamente angular, escogida, tan sólida y permanente, que aplastará siempre con su enorme peso á quien osare moverla, ó desquiciarla.

Ved ya, descubierto el gran problema, desenvuelto el gran misterio de la Iglesia católica. Jesucristo la fundó en la tierra bajo la idea típica de la Jerusalén triunfante, y Pedro, jefe y cabeza del Apostolado, es la piedra mística sobre la cual está edificada. En Pedro está pues personificado lo más sorprendente y grandioso que envuelve el porvenir de la humanidad. Porque Dios fundó la Iglesia para luz y salvación de todas las gentes; y sin Pontificado no hay Iglesia, y sin soberanía ó independencia no hay Pontificado. Está, por consiguiente, asegurado, y tiene fundamento divino el Primado de Pedro. Este humilde pescador es el llamado á figurar siempre y en todas partes como el representante de la unidad, de la santidad, infalibilidad y demás caracteres de la Iglesia contra la cual lucharán siempre las puertas del infierno y lucharán siempre en vano.

¡Oh cátedra indefectible de Pedro, maestra de los hombres, reina inmortal de las almas y luz clarísima del mundo! En vano el incrédulo y el malvado intentan derribarte y aniquilarte, negando, tus beneficios y desconociendo tus grandezas. Subsistirás Tu hasta la consumación de los siglos, aunque nuevas revoluciones, nuevos bárbaros y nuevos tiranos perturben y devasten la tierra. Subsistirás, aunque las olas amargas de la persecución suban y suban siempre.

Te acompañan, hija del cielo, promesas inmortales, y tu glorioso pasado es garantía de tu lisonjero porvenir. El odio de que has sido siempre objeto, y el amor con que has sido siempre amada constituye, á no dudar, la tiranía de la historia.

Y vos, jefe glorioso del Pontificado, Pastor solícito y sol radiante de la terrestre Jerusalén, velad constante y sin interrupción por vuestros sucesores y por vuestra grey: haced que nosotros seamos del número de aquellos que aman entrañablemente esa sublime cátedra, que la defendamos y derramemos por ella como por Vos, si fuere necesario, la última gota de nuestra sangre, para que vencedores también de las puertas del infierno, entremos triunfantes por las puertas de la gloria.

Francisco Lariño Lojo.

Marín, Junio-903.

AL "PUEBLO MURADANO"

SONETO

Lo que no logres hoy, quizá mañana lo lograrás; no es tiempo todavía; nunca en el breve término de un día madura el fruto, ni la espiga grana. No son jamás en la labor humana vano el afán, ni inútil la porfía el que con fé y valor lucha y porfía los mayores obstáculos allana. Trabaja y persevera, que en el mundo nada existe rebelde, ni infecundo para el poder de Dios ó el de la idea. Hasta la estéril y deforme roca es manantial cuando Moisés la toca y estatua cuando Fídias la golpea. ¡Qué nadie desaliente!

Pepiño, ten constancia, no seas impaciente.

Santiago, Junio-903.

verdadera regeneración!, entonces el día de nuestro Patrono, sería de un cielo espléndido sin que nube alguna de pesar empañara su brillantez, la satisfacción y la dicha sentiríanse en toda dirección sin que las estorbara el menor de los contratiempos, y compartiríamos con nuestros hermanos, con los que sienten de veras nuestras ansias, el regocijo, la tranquilidad, la paz y felicidad que por doquier nos brindarian.

En este día solemne, día de recuerdos grandiosos, gritemos con fe en el corazón no nos neguéis nuestros derechos, no somos un pueblo envilecido, ni desheredado; se nos exigen deberes, concédansenos los correlativos derechos; de otra suerte siempre un frio glacial habrá en nuestras fiestas porque la indiferencia interior exhibese al exterior; sintamos calor, enseñemos el fuego, y no de otro modo lograremos esa deseada regeneración, que nos fundirá en sus moldes, para cambiar radicalmente nuestras costumbres, y nuestro modo de ser actual, apatático y olvidadizo, por otro decedido, voluntarioso y emprendedor.

Manuel P. Lucés

Muros, Junio 1903.

A MUROS

Soberba vila que vestixios gardas d'un pasado feliz que non se atopa, nos ciclos que hoxe fuxen camiñando sin rumbo certo,

Deixa que á miña lira sone leda, e en acordes de gratas armonías, loubarte poida, cal ti asi o mereces, meigo currunchu,

D'esta patria adourada, qu' esquencia de cote pol-os seus, en pranto horrendo fundíndoa van, sin que o sosego veña a calmar seu dór.

Ao celta valeroso ti recordas; ao grego e ao fenicio, agarimaches; e do román, presentas no teu sêo feixes de huellas....

A maxestá do dólmen eo menhire, o altivo castro o vale domeñando dende da Serra, o Louro e Miraflores, marcados sinos

Da podentío son, d'aquelas razas que ti palpaches e desapareceron... e das que agora, o espíritu aflixido en van evoca.

Ti fuches berce de varós ilustres; ti da naval industria fuche emporio; dos astilleiros teus, a sona conta que o mar surcaron

Naves xentiles, qu' en sanguentas loitas, cal a das Dumas, gloria conquistaron ao mando de Feijóo, aquel galego patricio insine.

En premio as tuas virtudes, n'outros tempos, sinaladas mercedes prodigaronche os reis castelás e ricos-homes, que hoxe che negan

O cacique felón, que t'esnaquiza, como esnaquiza á todo o chan galáico, tramándolle as arterias do Progreso pra él medrare.

Os tesouros que o mar, ao home regala, e en extractiva industria se convierten, elementos, en non leixanas fechas de vida foran

Pra tí, mais hoxe, centralismo fatal que á España asola, matou teu benestar... e vas xemendo... ea cito desmoreces, Muros amado!.

Formosa vila que d'encantos creca e o mar vai arrolarte pol-o oleaxe que á cotio de yodo te perfuma, ¡eu te saúdo!.

E á saudarte, como a gaviota que cruza axiña tu'alongada ría, dende a antiga Brigancia, os ars te leván os meus suspiros....

Francisco Tettamancy.

A Cruña, mes de San Xuan, 1903.

SAN PEDRO

Tu es Petrus, et super hanc petram aedificabo Ecclesiam meam, et portæ inferi non prævalebunt adversus eam.

(S. Math XVI.-18.)

Regocijate, ¡oh bellísima Hija de Jerusalén! ¡Santa Esposa del Cordero, salta de alegría y llénate de regocijo! porque en tí se

el amor de uno mismo, y ni las contradicciones, ni los entorpecimientos pueden arrancarle del corazón, sino más bien avivar la llama que arde continuamente en el pecho sin extinguirse jamás; una herida causada en el alma por el amor de un hermano no hay medio de cicatrizarla sino con la destrucción del propio corazón los que no tenemos hermanos legales, los tenemos por afección y su recuerdo es fiel expresión en el pensamiento sin que á nuestro paso encontremos quien nos arrebatase su imagen de allí; ¡Oh! Santo, y casi Divino amor de los hermanos ¡tú presencia satisface en la alegría, consuela en la adversidad, y mitiga en la tribulación; no creáis hermanos nuestros que os olvidamos y si vuestra imaginación así lo enseña, decidle que miente, porque sois uno con nosotros mismos, nuestro pensamiento es vuestro, nuestro nuestro corazón, los ayes que exhala el pecho á vosotros los enviamos porque os pertenecen, las congojas de vuestra alma atribulan á la nuestra, y el recuerdo de tan dulce nombre de hermano es el bálsamo que todo lo suaviza. Yo os contemplo con el corazón desgarrado desterrados de este suelo querido, suspirando por volver á él, en esas llanuras americanas, cuando cruzáis los rios caudalosos del Paraguay si os acercáis á las márgenes frondosas del Paraná, abrumados por las fatigas, recordáis los juegos de la infancia, repetís los acentos que arrullaron el sueño de vuestra cuna, y ávidas leéis las tiernas notas, que llevan á esos apartados climas, el eco de nuestras canciones, á veces melancólicas y tristes como el dolor del desterrado, y á veces sentimentales y duros como los amores y las brisas de esta tierra sin segunda; por eso creo el más aceptable obsequio que puedo brindaros, ser estos mal hilvanados renglones, que si carecen de galanura en su forma, tienen su fondo que solo vosotros al sentir como yo le penetráis; en EL PUEBLO MURADANO, veréis que, á través de toda distancia, os recordamos, sufrimos con vosotros la nostalgia de la ausencia, y abrigamos vuestras mismas esperanzas, la de estrechar un día para no romperse nunca ese lazo de afecciones que nos ligan á pesar de lo que nos separa, y disfrutar unidos de la dicha que los seres más felices aquí pueden encontrar. ¿Y por qué os habeis alejado? ¿porqué hoy no gozáis entre nosotros? Esa plaga de la emigración os ha cogido en sus mallas, y hasta que os desprendáis no os veremos. Pero, ¿cuando será? Palabra sacramental la de regeneración se oye en todas partes, y nosotros somos tan necesitados de tal acontecimiento como los más, hasta bajo el punto de vista de lo material, porque si nosotros, de puro viejo no conociérais el país que os vió nacer; si, os forjareis ilusiones, pero vaporosas gasas las deshace una triste realidad; el tiempo muda la faz de los pueblos esa ley no tuvo aun para de los pueblos aplicación; quiso iniciarse, y el león rugiente de la envidia y el egoísmo la estorbaron en su camino, y henos aquí que ansiosos de mejoras es lejana la realización.

Por fortuna el sonriente sol de la esperanza ya se divisa, y quizá vuestras horas de quebranto se hagan más cortas, porque si nuestro pueblo se rodea de carreteras, y el puerto alcanza la importancia que le corresponde y porque de largo viene suspirando, la industria adquirirá mayor desarrollo, las exportaciones de nuestros productos se harán en gran escala, y exigiendo esas labores brazos en abundancia, ningún hermano querido trocaría su suerte por la que ofrece extraño país, y vosotros tendréis el consuelo de arribar á este suelo en donde hallareis lo que ingratos os negaron hasta el presente, no proporcionándoos el sustento regado con el sudor del rostro. No creáis que sueño en utopías, es verdad que corremos á los vientos de la mentira y del engaño, que se finge y se adula desapareciendo la sinceridad, pero aun hay almas buenas, amantes de sus hermanos, y á través de toda contradicción sin reparo á sacrificios, sabrán conseguir lo que anhelamos y no se les oculta. No es idea de un momento, entre el pensamiento que crea, y la obra de la voluntad que quiso hay un algo que se llegará á vencer, pero es indispensable la constancia en el pedir; el ruego, la suplica, humillante si se quiere, deben formar á nuestro lado; importunos se nos llamará, pero si conseguimos nuestros afanes seremos más sabios; pordioseros parecemos, y se nos llamará poderosos obtenido lo que necesitamos. Perseveremos en nuestra noble actitud, que nobleza es demandar lo que nos falta, sino queremos pasar papel de ningún valor en la sociedad.

¡Dialá el horizonte se despeje, y brille el olvidado pueblo la luz de una

as cenizas del héroe, disputó su dominio, y las trasladó entre las naciones y el entusiasmo á enormes distancias. La posteridad, en fin, nos da el dulce consuelo de que existe en la tierra una justicia absoluta, que es un destello de la divinidad.

Feliz el hombre que al fin de sus días se halla rodeado de su familia en el pueblo en que ha nacido; que recuerda con orgullo sus pasadas glorias consagradas á su patria; que ve aproximarse la hora de bajar al sepulcro, en medio de los encantos de la religión, teniendo una mano amiga que vaya cerrar sus ojos, y personas queridas que reciban su último suspiro y derramen una lágrima sobre la losa de su tumba.

No á todos cabe la misma suerte; otros se ven condenados á la soledad y al aislamiento, sin un corazón que los consuele, sin encontrar un ser que responda á su destino; errantes como si llevasen sobre sus frentes un sello de reprobación ó de ignominia, expuestos á todo género de infortunios, apesar de estar nadando en la opulencia, hasta que postrados en el lecho del dolor y abandonados de todo el mundo, ó no oyendo á su alrededor sino fisonomías extrañas é indiferentes, concluyen su existencia sin oír una palabra cariñosa, sin excitar ningún recuerdo, pasando desapercibidos é ignorados cual insecto imperceptible que se desliza por entre la yerba que pisamos, y pudiendo exclamar con Chateaubriand: «Siendo tan corta la vida, es igual haber aterrado los pueblos con el estampido del cañón, ó haber encantado los bosques con los sonidos de una flauta.»

Muros, Junio-1903.

LA PLAGA JUDIA

La triste profecía de la Verdad eterna ha siglos que se cumple: disperso está Israel; y en una sinagoga sin culto se prosterna llamando á su Mesías, que nunca viene á él.

Mas la judía raza ya tiene el alma á prueba, y, cual sus libros dicen, bien dura la cerviz, sino ved cual su larga condena sobrelleva; y al pueblo que le acoge procura hacer feliz.

¡Qué nunca tendrá patria! ¡Y bien! Qué importa eso? Así de otros Estados parásito será, y en su desierto eterno, doquier que vaya, impreso con huellas imborrables su paso dejará.

De sobra y á su costa lo saben las naciones las que pagarle deben de Dios la maldición; que nutren al vampiro que absorbe sus millones y cuando el oro falta su mismo corazón.

Es su deudor el mundo; su tributario el solio; de todo saca juego; de todo hace su bien.

¿Se trata de metales? El tiene el monopolio.

¿De arroyos de diamantes? Depende de él también.

¡Oh! El triste pueblo paria posee fuerza tanta, que manda y esclaviza los hijos de la fe; y Europa á quien él tiene la mano en la garganta por respirar preguntale: «¿Me lo consiente usted?»

El lo permite apenas: no hay más que obedecerle; y aun de tanta usura, tanta exacción en pos para no ser injustos es fuerza agradecerle el que nos trate á todos mucho mejor que á Dios.

Porque ¡ay! quizá ese pueblo que hizo morir á Cristo por siempre de otros pueblos el Judas ha de ser; y en los postreros tiempos también el Anticristo de la judía raza tal vez ha de nacer.

Tal vez, al par porque era, Dios mío, tu verdugo. también le dispersaste Tú al pueblo de Israel porque con su avaricia y fastidioso yugo, hicieron sus pecados espial al pueblo fiel.

Pues ellos, castigados, ¡ay! á su vez la amarga terrible penitencia de nuestras culpas son.

¡Oh! Mira cual sufrimos el peso de su carga, Señor, y cambia un poco tu justa maldición.

¡Oh! ¡sí! ¡Qué hagan de bienes terrenos gran acopio! pero que los recojan de su heredad no más, ¡Oh! ¡sí! ¡Qué tengan patria, que tengan país, Señor, más que no puedan salir de allí jamás!

Trinidad Aldrich.

DOS SANTOS ANACORETAS

Tenía San Antonio abad noventa años cuando le ocurrió la idea de que nadie antes de él había llevado en los desiertos la vida de un perfecto solitario. La noche siguiente, mientras dormía, le fué revelado, que más en el interior había otro mucho mejor que él, y que debía ir á verle. En cuanto amaneció, el santo anciano se puso en marcha, apoyado en su bastón, sin saber adonde iría, pero confiando en Dios, que le haría ver su servidor. En efecto; así como le había hecho conocer su existencia, le hizo hallar el camino de su morada, y al tercero día, muy de mañana, llegó á la caverna donde San Pablo, el primer ermitaño, se había retirado noventa años antes, próximamente hacia la época en que había nacido San Antonio. Este nada vió al principio; tan obscura era la entrada. Avanzó silenciosamente, deteniéndose de tiempo en

tiempo para escuchar, volviendo á marchar luego y reteniendo el aliento. En fin, divisó alguna luz; esto le hizo apresurarse y con el movimiento tropezó en una piedra y produjo ruido. Entonces San Pablo echó el cerrojo á la puerta, que estaba abierta. San Antonio se prosternó delante y permaneció allí hasta pasado el mediodía, rogándole que abriese, y diciéndole:

—Vos sabéis quien soy, de donde vengo y por qué. Sé que no merezco veros; sin embargo, no me iré sin haberos visto. Moriré á vuestra puerta y al menos me enterraréis mi cuerpo.

Pablo le respondió:

—No se ruega con amenazas, ¿os asombráis de que no os reciba cuando no venís sino para morir?

Entonces le abrió la puerta sonriendo. Se abrazaron, saludáronse por sus nombres, siendo así que jamás habían oído hablar el uno del otro y dieron juntos gracias á Dios. Después, habiéndose sentado, Pablo comenzó de esta manera:

—Ved aquí aquel que habéis buscado con tanta fatiga, un cuerpo consumido por la vejez, cubierto de cabellos blancos y descuidados; un hombre que pronto será reducido á polvo. Pero decidme, ¿cómo va el mundo? ¿Se fabrican todavía casas en las antiguas ciudades? ¿Quién impera en el mundo? ¿Quedan aun adoradores de los demonios?

Mientras conversaban vez un cuervo posado sobre un árbol, que volando dulcemente vino á poner delante de ellos un pan entero y se retiró.

—¡Ah! —dijo Pablo.— Ved la bondad del Señor, que nos ha enviado la comida. Hace sesenta años que recibo cada día la mitad de un pan; á vuestra llegada, Jesucristo ha doblado la porción.

Habiendo orado se sentaron al borde de la fuente. Pero allí, sobre quien partiría el pan, surgió entre ambos una disputa; Pablo alegaba la hospitalidad, Antonio la edad. Convinieron al fin en que cada uno tiraría de su lado.

En seguida bebieron un poco de agua, aplicando la boca á la fuente, y pasaron la noche en la vigilia y la oración. Habiendo amanecido el día siguiente, Pablo dijo á Antonio:

—Hermano mío, sabía hace tiempo que viviais en estas regiones; que Dios me había prometido que os vería; más puesto que la hora de mi reposo ha llegado, él os envía para cubrir mi cuerpo de la tierra.

Entonces, Antonio, llorando y suspirando, le rogó que no lo abandonase, sino que le lleva se con él; Pablo respondió:

—No debéis buscar vuestro bien, sino el de los demás; conviene á los hermanos ser aun instruidos por vuestro ejemplo. Por esto os ruego, sino os molesta mucho, que vayais á buscar para envolver mi cuerpo el manto que os dió el Obispo Atanasio.

No es que el bienaventurado Pablo se preocupase de que su cuerpo fuese sepultado, sino que quería evitar á su huésped la aflicción de verle morir. Acaso quería atestiguar con esto moría en la comunión de San Atanasio, perseguido á la sazón por los arrianos.

San Antonio, asombrado de lo que había dicho de San Atanasio y del manto, creyó ver presente á Jesucristo y no osó replicar, sino que llorando le besó los ojos y las manos y volvió á su monasterio con mayor diligencia que la que podía soportar al parecer su cuerpo, extenuado por los ayunos y la vejez.

Dos de sus discípulos que le servían desde mucho tiempo antes, vinieron á su encuentro y le dijeron:

—Padre mío ¿dónde habéis estado tanto tiempo?

—¡Ah! ¡Desdichado pecador de mí! llevo con bastante indignidad el nombre de monje! ¡He visto á Elías, he visto á Juan en el desierto, he visto en el paraíso!

No dijo más, y golpeándose el pecho sacó de su celda el manto. Los discípulos le rogaban que se explicase; mas él dijo:

—Hay tiempo de hablar y tiempo de callar.

Entonces salió, sin tomar aliento alguno, volvió por el mismo camino, teniendo siempre á Pablo en el pensamiento y ante los ojos y temiendo lo que ocurrió.

A la mañana siguiente llevaba ya tres horas de camino, cuando vió en medio de ángeles, Profetas y Apóstoles subir á Pablo, vestido de brillante blancura.

Inmediatamente se prosternó con el rostro hacia la tierra, cubrió de arena su cabeza y dijo llorando:—Pablo, ¿por qué me abandonáis? No os he dado el adiós. ¿Había de conocer tan tarde para perderos tan pronto?

Parecía que volaba en el resto del camino. Cuando llegó á la caverna, halló el cuerpo de rodillas, la cabeza levantada, las manos tendidas al cielo. Creyó al principio que vivía y que estaba orando, y se puso también á orar, mas no oyéndole suspirar, como tenía de costumbre, en la oración, le abrazó llorando y vió que solo oraba en la actitud.

Envolvió el cuerpo, le sacó de la caverna

y cantó himnos y salmos, según la tradición de la Iglesia. Pero se afligió de no haber llevado instrumentos para escarbar en la tierra, y no sabía que hacer, si volver al monasterio ó permanecer allí, cuando dos leones, flotantes las melenas, acudieron del interior del desierto. Ellos se dirigieron al cuerpo de San Pablo, y acariciándole con sus colas, se echaron á sus piés, rugiendo como para dar testimonio de su dolor. Después comenzaron precipitadamente á escarbar con sus uñas en la tierra, y echando fuera la arena, hicieron una fosa, capaz de encerrar un hombre. Inmediatamente, como para pedir recompensa, vinieron á San Antonio, con la cabeza baja y moviendo las orejas. Comprendió que pedían su bendición, y dijo:

—Señor, sin cuya voluntad ni se mueve la hoja del árbol, ni un pajarillo cae á tierra dadles lo que sabéis les conviene.

Y haciendo una señal con la mano, les mandó retirarse.

Después que se marcharon, enterró el cuerpo y echó tierra encima, según la costumbre.

A la mañana siguiente tomó la túnica que San Pablo había hecho para sí con hojas de palmera entrelazadas, como se hacía para las cestas; volvió á su monasterio con esta rica herencia y contó lo ocurrido con todos sus pormenores á sus discípulos.

Después siempre usó la túnica de San Pablo en los días solemnes de Pascua y Pentecostés.

J.

¡ERA TARDE!

«Del pecho en lo más profundo guarda tu duro quebranto; escóndele, porque el mundo cierra sus puertas al llanto. Donde la lisonja engrie y á la fortuna se adora es vencedor el que ríe, y es importuno el que llora.»

Tales razones oyendo, al vano orgullo cedí y, con el rostro, mintiendo, ante el mundo me rei. Mas, cuando á solas me hallé luchando con mi pesar, ansioso al llanto invoqué y ya no pude llorar!

J. M. Sanjuan.

PATOLOGIA DEL AMOR

DE LOS CELOS

Definición.—Sospechas de la infidelidad de una persona amada: tormento que causa el ver preferido á un rival.

Sinonimia.—Herida profunda en el corazón: herida contundente en el orgullo: inquietud, tortura, desesperación, infierno en vida.

Sintomas.—Dolor rabioso en el corazón, devorado por las sospechas: agitación continua é insomnios, acompañados de incremento en la fiebre amorosa.

Si el celoso es casado tendrá siempre un aire espantado é inquieto, la mirada torva y fiera, el pelo encrespado; bufará desapaciblemente á cuantos se acerquen á su mujer: cuando la lleve del brazo á paseo, irá siempre volviendo hacia atrás la vista: no la dejará asomarse á los balcones, ni visitar á sus amigos.

Cuando encontramos en nuestro camino un celoso semejante, debemos hacerle plaza y dejarle pasar, como lo haríamos con un toro de Veraguas escapado del coso. Esta clase de celosos son siempre dañinos, porque aunque muy pocos tienen el valor suficiente para batirse con su rival, todos suelen ensañarse con sus mujeres, y atormentarlas sin compasión; si bien ellas por su parte tampoco dejan de tomar el desquite. La enfermedad de los celos en los maridos va siendo cada vez menos frecuente: muchos son los que caen en el extremo opuesto; y sin embargo de todo lo dicho arriba, preferimos un celoso á un sufrido.

El celoso soltero presenta los mismos síntomas que el casado, aunque en diversa escala. La desdichada mujer que ama á un celoso ya tiene bastante para divertirse. Si baila con aquel, si saluda á este, si se ríe con el otro; si en la calle la miran los hombres, ó se asoma al balcón, ó se viste con más cuidado, sobre todas y cada una de estas cosas ha de haber querella.

Hay celosos buhos, que si se amoscan no hablan en quince días: celosos cotorras, que sobre cualquier motivo forman un tema obligado de disertación perpétua: celosos

duendes, que andan siempre espiando: celosos huracanes, que todo se lo llevan por delante.

Todo cuanto hemos dicho puede aplicarse también al otro sexo.

Etiología.—El amor propio del hombre es la caja de Pandora de todas las malas pasiones: heridle por cualquier parte y brotarán al golpe la envidia, la cólera ó la venganza. Los celos tienen también su origen en el amor propio ofendido, siendo, como dice Cervantes: «nacidos de una baja sospecha, engendrados de un vil y desastrado temor, criados á los pechos de falsas imaginaciones, crecidos entre vilísimas envidias, sustentados de chismes y mentiras... Querria el amante celoso que solo para él fuese su dama hermosa, y fea para todo el mundo: desea que no tenga ojos para ver más de lo que él quiere, ni oídos para oír, ni lengua para hablar: que sea retirada, desabrida, soberbia y mal acondicionada: y aun á veces desea (apretado de esta pasión diabólica) que su dama se muera, y que todo se acabe.»

Diagnóstico.—Algunas veces puede esta afección confundirse con la envidia, y en rigor tienen muchos puntos de semejanza. La envidia es un género de celos entre hermana y hermano, entre superior é inferior, entre dos hombres sin que haya por medio una mujer, entre dos mujeres sin que intervenga un hombre. Los celos, propiamente dichos, son un accidente del amor: esta última enfermedad precede siempre, y ambas son simultáneas; si bien algunas veces hasta el primer acceso de celos no se declara la enfermedad de amor.

Pronóstico.—Es muy vario y difícil de determinar. Unas veces los celos apagan el amor, otras, y son las más, le sirven de pábulo; ya un asunto de celos puede dar materia para una escena de reconciliación y de amor, ya para el triste desenlace de una tragedia. Las mujeres también están divididas acerca de este punto: hay algunas que se mueren por los celos, otras que no los pueden ver. Respecto á los hombres, es seguro que una mujer celosa logra tarde ó temprano ser aborrecida. En general los celos tienen el mismo curso y terminación que el amor, pues donde acaba el amor acaban ellos.

Tratamiento.—Cuando la celotipia proviene del alucinamiento de los sentidos recomendamos el *calorio de demostraciones palpables*. También es conveniente un *lentivo de disculpas*, ó un *calmante de caricias*; y las mujeres especialmente componen con los halagos *preparaciones opiadas* de muy buen efecto. Un *vendaje de mentiras bien enlazadas* sobre una *cataplasma emoliente de juncos* te *quierol* si se aplican á un tonto, son remedio infalible. Los celos femeninos suelen curarse fácilmente con unas *fumigaciones de adulación* dirigidas al flaco del amor propio. Para los celosos á lo tigre de Bengala no hay más remedio que la *casa de fieras*. Por último, si el temor de hacer infeliz una persona adorada, el miedo del ridículo general con que la sociedad le castiga, y los propios tormentos que sufre no bastan á curar á un celoso, la razón no tiene ya en su farmacia mejores medicamentos que administrarle.

Mas estenso pudiera ser, pero el asunto es arduo, y no tan bien estudiado como debiera, siendo cierto que, como dice Quevedo:

La enfermedad de los celos no hay doctor que la conozca, de celos muera más gente que de fiebres maliciosas.

Dr. Fideo.

MAXIMAS

Habla de los ausentes como si te estuvieran oyendo.

No hay descanso más dulce que el que se gana con el trabajo.

Las malas costumbres son primero visitas, luego huéspedes y por último amos.

No respetar á la vejez es lo mismo que derribar por la mañana la casa en que hemos de dormir por la noche.

Aunque no satisfechos del todo por la imposibilidad de las vistas que no podemos presentar, sin embargo, en parte, lo estamos por los notables escritores que hemos buscado, á quien damos gracias por su distinguida colaboración.